

### Como auxilió el general Guadarrama al Ejército de Oriente

El coronel Ignacio C. Ocádiz, que fué mayor general de la 2.<sup>a</sup> división del Norte y se portó dignamente en el importante hecho de armas del 10 de abril de 1867 contra las fuerzas del general Leonardo Márquez, nos ha hecho un relato minucioso de los movimientos y el auxilio que prestó el general Amado Guadarrama al Ejército de Oriente.

El señor Ocádiz vive retirado de la política en Silao y desempeñó importante papel en las filas republicanas durante el Imperio.

Partidario del general Porfirio Díaz desde el plan de la Noria, dirigió en septiembre de 1876 una carta á don Sebastián Lerdo de Tejada en que encarecía no aceptase su reelección y decía: "Debemos estar convencidos de que las naciones se educan como se educa á un individuo; pero en ese trabajo no tengo noticia de que gobierno alguno se haya ocupado de manera positiva: ¡necesitaríamos un genio que nos educase como corresponde á la ilustración del siglo!" Así designaba ya al general Díaz en el porvenir.

El señor Ocádiz ha ratificado escrita nuestra entrevista, que es la siguiente:

Estando el cuerpo de ejército de caballería en número de ocho mil hombres de diferentes Estados, al mando del general Amado A. Guadarrama, en su campamento de la llanura inmediata á la ya sitiada ciudad de Querétaro, sucedió que el general Mariano Escobedo, en jefe de las fuerzas sitiadoras, el 29 de marzo de 1867, ordenó al general Guadarrama, al general Francisco A. Aguirre, como cuartel maestro de ese cuerpo de ejército, y al coronel Ignacio C. Ocádiz, mayor general de la 2.<sup>a</sup> división, compuesta de tres mil hombres, que con esa fuerza salieran de su campamento, por el camino de México, para impedir el regreso del general Leonardo Márquez, que escoltado de mil

y tantos dragones había logrado evadirse del sitio el 22, para sacar de México refuerzos y elementos de guerra en auxilio de los sitiados.

En cumplimiento de esa orden, organizada la división en columnas de tres á cuatrocientos hombres con sus respectivos jefes, y la de reserva al inmediato mando del general cuartel maestro; en la misma noche emprendióse la marcha por la Cuesta China hasta llegar cerca de los límites de ese Estado, sin que Márquez apareciera. El general Guadarrama no podía salir de esos límites, según las instrucciones recibidas del general Escobedo; pero el coronel Ocádiz, presumiendo que Márquez, dado el caso de que ya hubiera salido de México con fuerzas, posible era que se hubiera dirigido primero á Oriente para atacar al general Díaz, por quien, teniendo Ocádiz simpatías de amistad como compañeros en el Congreso de la Unión en 1863, procuró que se le auxiliara, por lo cual inclinó á Guadarrama á que por los conductos más activos pidiera autorización al general Escobedo para perseguir á Márquez hacia cualquier otro camino en que le encontrara, como en efecto la pidió, siendo autorizado con nuevas instrucciones.

Así fué que la división siguió adelante en busca de Márquez, y al llegar el 1.<sup>o</sup> de abril á Polotitlán, se tuvo noticia de que Márquez ya había salido de México con seis mil hombres de las tres armas, con tres baterías de distintos calibres y sesenta carros con parque y otros efectos, tomando el camino de Puebla, asegurándose que, aunque Márquez ya se había dirigido por los Llanos de Apam, retrocedería pronto en auxilio de los sitiados en Querétaro, la cual noticia se comunicó al general Escobedo, á la vez que al general Díaz, con quien Guadarrama estableció comunicación frecuente por medio de correos y comisionados, no obstante los peligros que corrían. Mayores fueron los que corrió, por lo interesante de las comisiones que desempeñó eficazmente, el coronel Felipe Rubalcaba, diputado en la actualidad á la Legislatura de Jalisco. Guadarrama comunicó al general Díaz las nuevas instrucciones que le dió el general Escobedo, para que si Márquez marchaba para Puebla, forzara sus marchas llevándole la retaguardia.

La división Guadarrama siguió adelante y llegó el 2 de abril á Soyaniquilpan, el 3 á Tepeji del Río, donde Guadarrama, encontrándose allí al coronel Jesús Lalanne con más de mil hombres de infantería y caballería pertenecientes á la división del general Riva Palacio, le ordenó marchara para Zumpango, donde llegó Guadarrama con su

división el 4, avanzando Lalanne con su fuerza á Teotihuacán, y la fuerza del coronel Fragozo á Otumba.\* En tanto se ejecutaban esos movimientos, debido á los que de avance y retroceso hacía Márquez, que se hallaba en la hacienda de Guadalupe, la división Guadarrama permaneció en Zumpango el 5, en observación del enemigo, ordenándose el 6 que la fuerza del coronel Fragozo avanzase á la hacienda

\* El general Jesús Lalanne, que fué uno de los actores principales en el fracaso de los movimientos de Márquez para socorrer á Puebla, al leer lo que dice el señor Ocadiz, nos hizo este relato:

Guadarrama pernoctó en Tepeji, del Río y al otro día siguió para Zumpango. En este mismo día, llegué á Tepeji, y al siguiente seguí para Zumpango. Inmediatamente que llegué, sin perder mi formación de marcha, mandé descansar armas á mis seiscientos infantes y echar pie á tierra á mis seiscientos jinetes que componían el total de mi fuerza, y me dirigí á la plaza donde estaba Guadarrama con su estado mayor y la mayor parte de los jefes de su división. En los momentos de rendirle parte del estado de mi fuerza, armamento, municiones, etc., llegó un ayudante del general Díaz con la noticia de la toma de Puebla, el 2 de abril. Era portador de dos comunicaciones: una para Guadarrama en la que se le invitaba á que detuviese á Márquez por una hora ú hora y media, y la otra en que se me ordenaba hiciese lo mismo.

Guadarrama prorrumpió con ironía, después de leer su comunicación:

—Vaya! Cómo quiere que teniendo cuatro mil soldados de caballería, pueda yo detener á Márquez, con sus seis mil hombres y dieciocho cañones.

—¿No va usted?—le pregunté.

—Veré.

—Pues yo sí voy.

—Se lo prohibo á usted.

—Yo no dependo de usted, sino directamente del general Díaz; y voy á cumplir su orden.

Convencido Guadarrama de que le era difícil el impedirme obedecer, por las manifestaciones de simpatía de mis antiguos compañeros de armas en las guerras de Reforma y la Intervención, dejó que partiese. Luego seguí mi marcha hasta la hacienda de Santa Lucía, con la infantería, adelantando las caballerías de Luis Malo y Catarino Fragozo hasta dos ranchos inmediatos.

Seguí mi camino de Santa Lucía á San Juan Teotihuacán, llegué al otro día á Jala y el siguiente á la hacienda de Mal País. La caballería de Fragozo avanzó hasta San Lorenzo, la infantería al rancho de Santa Efigenia y yo con la caballería de Malo á Mal País. A las once de la noche recibí en papel de seda, hecho un bulto muy pequeño, la noticia pormenorizada de las fuerzas imperiales que habían llegado á San Nicolás el Grande, hacienda que administraba don Luis Carballeda, después general, de quien era el recado. Dispuse marchar muy temprano para encontrar á Márquez adelante de la hacienda de San Lorenzo, donde se bifurca el camino de Puebla á México, tomando el de la izquierda por Otumba y San Juan Teotihuacán. Avancé hasta Zotoluca. Allí fué el encuentro de la vanguardia de ambas fuerzas y comenzó el combate á las ocho de la mañana. A las tres de la tarde verificóse la última carga que hice á los imperiales. Por la noche pernocté en Otumba y al otro día seguí á San Juan Teotihuacán, encontrándome á legua y media más allá de la población á Guadarrama emboscado con su fuerza entre unos mezquites. Inmediatamente que me reconoció, díjome como saludo:

—Ya se lo había yo dicho que lo habían de..... derrotar.

—A eso iba; y se logró el objeto, porque el general Díaz ha alcanzado á Márquez en San Lorenzo.

En esos momentos llegó el teniente coronel Joaquín Rangel, ayudante del general Díaz, con dos comunicaciones: una dirigida á Guadarrama, ordenándosele

de Jala, y á la caballería de Lalanne á San Bartolo, así como la de observación del general Antonio Carbajal á San Nicolás; á la vez que Guadarrama, con su división, llegó á Otumba, donde recibió parte de que el enemigo tomaba rumbo á Veracruz, abandonando su tren de carros por la persecución que le hacía el jefe del cuerpo de ejército de Oriente. En virtud de tal noticia, inverosímil y dudosa, Guadarrama

que con su fuerza cubriese todo el Occidente de la hacienda de San Lorenzo, donde ya se tenía encerrado á Márquez, merced al combate del día 8; y la otra comunicación para mí, muy honrosa, y para mi fuerza, en la cual se me prevenía situarme á tiro de fusil del enemigo. Cantramarché en el acto y me situé en el rancho de Santa Efigenia, muy inmediato á San Lorenzo. Guadarrama se situó á legua y media de distancia del enemigo; y comenzó á llegar á las ocho de la noche y no acabó sino hasta las once. A esa hora se oyó fuerte tiro de guerra á la izquierda de mi línea. Acudí violentamente con la reserva y me encontré con treinta y ocho carros del enemigo, escoltados por un pelotón de caballería. De este pelotón ni un solo soldado quedó vivo, al apoderarme de los carros. En estos momentos llegaba el general Antonio Carbajal, á quien entregué el convoy aprehendido. Me dirigí á San Lorenzo, y corroboré mi idea de que el envío del convoy por el camino de esta hacienda era una estratagema de Márquez para escapar por el de la izquierda, es decir, el que viene por Texcoco.

Luego de haber quitado el convoy al pelotón de Húngaros, lanzando á éstos, lo entregué al general Carbajal, quien llegó cuando ya lo tenía yo en mi poder. Me dirigí con las debidas precauciones á la casa de la hacienda de San Lorenzo, la encontré abandonada por el enemigo, penetré en ella, y acompañado de mi estado mayor, comenzamos á hacer las listas de los numerosos heridos del enemigo y mis hechos en los combates anteriores y abandonados allí, y las de los muchos objetos de Márquez. Al rayar el alba, cuando estábamos ocupados en tales trabajos, oímos repetidas voces de: ¡ahí está Márquez! acompañadas de fuego nutrido de fusilería. Monté á caballo y salí á ver lo que acontecía, y ví á las luces de la aurora una larga línea negra de donde partía el fuego contra mi caballería, que contestaba. Por fortuna los gritos de ¡viva Oaxaca! y ¡viva Porfirio! contestados por los de ¡viva México! ¡viva Lalanne! hicieron que se suspendiera el fuego. Tuve dos hombres heridos ligeramente. Momentos después, nos reunimos el general Díaz y yo, y le referí todo lo que había pasado; entonces tuve la explicación de los gritos ¡aquí está Márquez! El general Díaz se había acercado á reconocer la posición, llegó á un espaldón de los mandados levantar por Márquez, del cual brotó repentinamente uno de mis lanceros, quien echándose lanza en ristre sobre el general Díaz, gritó ¡aquí está Márquez! y acometióle furiosamente; pero el general Díaz se salvó gracias á su sangre fría, á los gritos de su clarín de órdenes y del jefe de su escolta, el capitán Cañizales, que decía á voz en cuello á mi lancero:

—¡Es el general Díaz!

El lancero, al saber esto, desapareció sin haberse podido averiguar quién había sido.

Aclaraba más el día, cuando notando la rodada de la artillería, se la señalé al general Díaz y le dije:

—Aquí va Márquez; no tardamos en saber cual es su camino.

Pusimos al galope nuestros caballos, seguidos por nuestros estados mayores y escoltas respectivas.

Momentos después se me presentó un oficial del escuadrón que mandaba Tito Flores, perteneciente á mi fuerza, á participarme que ya habían alcanzado la retaguardia de Márquez y estaban batiéndose con ella. En el acto lancé á mis tres escuadrones para apoyar al de Tito Flores; y continuamos el general Díaz y yo el mismo camino. Se presentó el general Leyva y le dió el mando en jefe de la caballería del Ejército de Oriente del general Díaz, en la que iban los generales To-

ordenó que las fuerzas de Lalanne y Fragoso siguieran su marcha *en auxilio de nuestras fuerzas* (se supone que en el parte oficial de refe-

ro Manuel, Félix Díaz, Eufemio Rojas y otros cuyos nombres no recuerdo. Esas columnas siguieron a retaguardia de la mía, apoyándola. Estábamos ya en los contrafuertes de la serranía de los volcanes; el camino, aunque carretero, era es trecho, y no podía tomarse otros transversales. Así es que no se podía ir más que en columnas por secciones. Al llegar el general Díaz y yo á una de las eminencias de un lado del camino, le hice notar que el enemigo estaba á la orilla de una barranca, preparándose á la resistencia. En esos momentos llegó un escuadrón de riferos pertenecientes á la brigada del general Pedro Martínez, que lanzándose en apoyo de mi fuerza, emprendió nutrido tiroteo; pero el enemigo no se había detenido más que el tiempo necesario para echar á la barranca sus doce piezas de batalla con sus correspondientes carros de municiones y de batería, porque no podían atravesar el puente. El general Leyva había destruído todos los puentes de los caminos carreteros de por aquellos rumbos y llenado de obstáculos todos los pasos. Esta artillería y estos carros fueron sacados de la barranca por el entonces coronel de ingenieros Joaquín Rivero, quien por orden del general Díaz se quedó en el lugar hasta lograr el objeto. El enemigo continuó su marcha llevándose seis piezas de montaña, dando cargas furiosas los Húngaros al mando de Kevenhüller, de las que contamos catorce que pueden servir de modelo de valor y disciplina. En una de ellas apareció la caballería irregular de Guanajuato, que cargó con mucho valor, y fué contenida por los Húngaros. Sucesivamente iban cayendo grupos de infantería enemiga que se rendían sin combatir, hasta llegar á la Hacienda Blanca, donde murió el coronel Mucio Maldonado, perteneciente á mi fuerza.

Márquez se embarcó en Texcoco, atravesó la Laguna para llegar á México y quedó con el mando de sus fuerzas el mayor general coronel Arrieta, quien continuó combatiendo con el mismo denuedo.

De los seis cañones de montaña, el primero les fué quitado por el comandante de escuadrón Tito Flores, el segundo por el de igual clase Nicolás Malo, el tercero por su hermano el coronel Luis Malo y el cuarto por el comandante de escuadrón Velasco, español, alias *El Tuerto*. De estas cuatro piezas, tres fueron lazadas.

Al llegar á Texcoco, el general Leyva emprendió sus movimientos de flanco, por la izquierda con la caballería del Ejército de Oriente, y yo continué con la pequeña fuerza que me quedaba hasta el pueblo de Coatlinchán, en donde ya no tenía más que veinticinco hombres; entonces, á punto de regresar á Texcoco, encontré á un grupo como de doscientos hombres, que acompañaban á cuatro indios á pie, quienes conducían un bulto envuelto en un sarape rojo. Al acercarme, conocí al estado mayor del general Guadarrama, y al preguntar qué había pasado, porque no era posible que hubiese sido herido, se me contestó:—"que el bulto era el general Guadarrama, quien iba *muy malo* para Chapingo."

Seguí para Texcoco á darle parte á mi jefe, el general Díaz, de todo lo que había acontecido, y marché al siguiente día á mi cuartel general de San Angel, á cumplir las órdenes que se me dieron.

Según las que había yo recibido y sabiendo que el general Díaz permanecería todo el día 11 en Texcoco, que el 12 avanzaría á la Villa de Guadalupe para llegar el 13 á la hacienda de Los Morales y Molino del Rey, marché este mismo día á la una de la mañana, de San Angel sobre Tacubaya, donde no hallé enemigo. Seguí sobre Chapultepec, que me encontré abandonado, y al amanecer hice que un sarape tricolor con su águila republicana, que era de uno de mis subalternos, fuera izado en el asta bandera de Chapultepec, y al ir al Molino del Rey á encontrar al general Díaz y darle parte de lo que había pasado, le manifesté que Tacubaya y Chapultepec estaban en mi poder y que ya flotaba nuestra bandera en este Castillo, lo que ratificó mirándola con sus anteojos de campaña, y después sonrió.

rencia se quiso decir que *esas nuestras fuerzas* eran las de Oriente), que él, Guadarrama, con sus columnas regresaría á situarse entre México y Querétaro, lo cual, como inusitado y por las reflexiones de Ocadiz, no se verificó.

Guadarrama llegó con la división á San Juan Teotihuacán el día 7, y el 8 recibió varios correos de Carbajal, con quienes le comunicaba que el enemigo había vuelto á situarse en la hacienda de Guadalupe. Por ese movimiento del enemigo, el coronel Lalanne, que se encontraba en San Lorenzo, marchó á su encuentro con el propósito de contenerlo unas cuantas horas para dar tiempo á que las fuerzas del general Díaz, que perseguían á las de Márquez, pudieran darle alcance; pero Lalanne fué rechazado perdiendo parte de su fuerza. \*

El parte del desastre lo recibió Guadarrama á las dos de la tarde del día 8, por lo que inmediatamente avanzó sobre el camino de San Lorenzo, y el 9, ya en marcha, recibió orden del general Díaz para que avanzara y se situara al Occidente de la hacienda para atacar al enemigo al siguiente día.

En cumplimiento de la orden, la división Guadarrama, á la que únicamente quedó incorporado el general Carbajal y su segundo, el coronel Kampfner, con su columna de doscientos lanceros, á las seis de la tarde de ese mismo día, con bastante luz y algo lluviosa, llegó por el Norte á un extenso llano, no lejos de la casa de dicha hacienda, co-

\* Sucedió que estando la división Guadarrama en Teotihuacán, el 18 de abril, días antes el mismo general mandó violentamente en comisión importante para el general Díaz, al coronel Felipe Rubalcaba; como éste no había regresado en el tiempo que se calculó, inquietos Guadarrama y Ocadiz por la tardanza y presumiendo que alguna dificultad con el enemigo le hubiese impedido cumplir su comisión, Ocadiz con anuencia de Guadarrama y acompañado de un sirviente, emprendió marcha en busca del general Díaz llevando la misma comisión que Rubalcaba. A su llegada á la venta de Irolo, tomó informes con un hombre que cuidaba la finca para orientarse; y estando á caballo dentro del zaguán de la casa, precipitadamente y á toda carrera llegó un soldado de caballería, vestido de paisano, armado, corneta ceñida á la espalda y tan asustado que no acertó á entrar bien en el zaguán y su caballo dió con la cabeza contra la pared. Ocadiz le calmó y pudo informar que pertenecía á las fuerzas de Lalanne, que hacía pocas horas habían sido derrotadas por las de Márquez cerca de San Lorenzo y que no sabía si también habrían sufrido las del general Díaz. Escuchando los informes del corneta, llegaban grupos de dos ó tres soldados dispersos, quienes interrogados referían lo mismo. Ocadiz detuvo como á quince dispersos y en espera de que apareciese algún oficial ó jefe de ellos que le dieran mejores informes, permaneció en la venta algunas horas, sin resultado. Debido á esa novedad pareció prudente no continuar de pronto en busca del general Díaz, regresó á Teotihuacán en compañía de los dispersos y dió cuenta de lo acaecido á Guadarrama, quien ya estaba al tanto de todo, informado por Rubalcaba que había cumplido su comisión.

mo á dos millas de distancia, atravesando un puente de mampostería bastante amplio que sirve de paso en una grande zanja de altos bordes, donde se situó la división, y formó en línea de batalla dando el frente á dicha casa, que no se veía por las sinuosidades del terreno, colocándose al frente de la tropa el general Guadarrama y el mayor general Ocádiz en espera de las órdenes del general Díaz.

Al llegar y acampar la división, como queda explicado, se percibía hacia la casa un nutrido tiroteo de artillería y de fusil, tiroteo que cesó al obscurecer, quedando todo en silencio; á las diez de esa noche, muy obscura por los nublados, un grupo como de cuarenta hombres de caballería, que venían del rumbo de San Lorenzo, sin ser sentidos, se arrojó sobre el mencionado puente rompiendo la línea de la fuerza que lo cubría para escapar, lo cual lograron á pesar de la momentánea resistencia que se les hizo, quedando allí del grupo un muerto, dos caballos y un prisionero, por quien se supo que el grupo era de Húngaros. En esos momentos el general Guadarrama dió orden al coronel Ocádiz para que mandara perseguir á los que se habían escapado; pero como Ocádiz le dijo que de perseguirlos podía resultar una confusión en las columnas de la división, desconociéndose unas de otras por la obscuridad de la noche, sin conocer el terreno, y que el arrojamiento del grupo podía ser una intentona de estrategia de Márquez para poner en desorden á la división, no se verificó la persecución y quedó todo en silencio y espera de órdenes.

Cerca de las doce de la noche, Ocádiz hizo notar á Guadarrama, quienes siempre estaban juntos, que por San Lorenzo, hacia el llano, percibíase sordo rumor, como ruido de ejes de carros, cuyas ruedas no lo hacían bastante por la humedad del terreno y el pasto. Convencidos del rumor, Guadarrama ordenó á Ocádiz que llamase á Carbajal, único conocedor de esos terrenos, para que con su columna hiciera un reconocimiento. Había pasado un cuarto de hora cuando se oyó fuerte tiroteo, que duró igual tiempo, regresando luego el general Carbajal sin su fuerza y verbalmente dió parte de que el rumor era el ruido que producían muchos carros de las fuerzas de Márquez cargados con parque y custodiados por escoltas, con las que se había batido vencíéndolas y capturando á éstas y el tren, el cual había dejado al cuidado de su columna. En atención al parte, sin más novedad, Guadarrama ordenó á Carbajal que hiciera avanzar el tren, que quedaba bajo su exclusivo cuidado, y se situase con él y las escoltas

vencidas á retaguardia de la línea, pasando sobre el mencionado puente, para entregar todo, al amanecer, al general Díaz, entrega que por su orden se hizo al comandante general de artillería del cuerpo de ejército de Oriente.

La entrega fué de cuarenta y nueve carros y carretones cargados con parque, uno con una pieza de á seis rayada y con forrajes, y los demas con calderos y soperas de rancho. Trescientas cuarenta mulas agregadas á los carros y veintiseis sobrantes. De los prisioneros, eran cuarenta y cuatro mexicanos y noventa y nueve austriacos.

El parte oficial rendido al general Escobedo de esa aprehensión y entrega, fechado el 14 de abril de 1867 en Cuautitlán, está firmado por el coronel Ocádiz como mayor general de la 2ª división del cuerpo de ejército de caballería, perteneciente á los ejércitos de Occidente y el Norte, y visada la relación número 1 por el general Guadarrama y publicada por la prensa de los Estados.

Ejecutada la aprehensión del tren de Márquez, todo volvió á quedar en silencio y en espera de órdenes, cuando á las cinco de la mañana del 10 del mismo abril, estando, como se ha dicho, Guadarrama y Ocádiz al frente de la división dando vista á San Lorenzo, se les acercó á todo galope un oficial que dijo ser ayudante del general Díaz, quien lo mandaba para comunicar la orden de que Guadarrama avanzase con su división, pues que *el enemigo se había ido*.

Por esa orden, violentamente con las columnas mencionadas avanzó á medio galope, llegando al comenzar la aurora á dicha hacienda, donde al frente é inmediato á la casa de ella se encontraba á caballo, con su estado mayor, el general Díaz, á quien Ocádiz presentó al general Guadarrama, porque no se conocían. Luego, después de breve explicación de lo ocurrido en la línea de Guadarrama, dijo á éste y Ocádiz, que como tenían la caballada de refresco, le hicieran favor de perseguir al enemigo que tomaba el camino de Calpulalpam. Así fué que en el acto se organizaron las columnas de la división para entrar en el estrecho camino, en el que, con la velocidad posible por lo quebrado del terreno en partes, á las ocho de la mañana dieron alcance á la retaguardia del enemigo, que la llevaba bien reforzada, y desde ese momento se le atacó, batiéndole sin descansar con la 1ª y 5ª columnas. El enemigo se batía en retirada sobre el camino unas veces, y otras acometía, dejando muchos de sus muertos y heridos, y destruídos de propósito algunos pequeños puentes de made-

ra que era preciso reponer. Algunos pelotones de infantería se rendían al lado del flanco izquierdo.

Al salir del pueblo de San Felipe, el grueso del enemigo seguía batiéndose en retirada, no sólo para resistir la persecución, sino para acometer, como lo hizo con su caballería en el camino, y con su infantería y artillería por el flanco izquierdo del trayecto por ser terreno quebrado. El mayor Ocadiz, que iba al frente de las columnas sin separarse un momento, mirando los movimientos del enemigo, reforzó violentamente las columnas del centro del camino, con las de rifles del Norte, armadas de rifles de ocho y diez y seis tiros, al mando del coronel Pedro Martínez, y la de Guanajuato á las órdenes del teniente coronel Juan Bermúdez, protegidas por otras columnas hacia el flanco derecho.

En tales condiciones se trabó combate, en el que luego recibió Bermúdez un balazo en un brazo; pero rechazando por fin al enemigo, que abandonó un carro con parque y toda su artillería gruesa. Siguió vigorosa la persecución, siempre sobre el camino, batiendo al enemigo, que al disminuir en número, dejaba muchos de sus muertos; y otros más pelotones de infantería se rendían, hasta llegar, á las seis de la tarde, á las últimas lomas de ese trayecto de 27 leguas, de cuyo punto parte la calzada para la Magdalena rumbo á Texcoco, en la que el general Julio García, con su columna, persiguió á los restos del enemigo, que despavoridos, en grupos, se dispersaron en distintas direcciones, quedando por la división Guadarrama derrotados por completo los seis mil hombres de las fuerzas del general Leonardo Márquez, en todo el día 10, sin que hubiera sido necesario poner en combate ni aún la columna de reserva de la división.

Como á la mitad del trayecto, el general Díaz mandó decir á Guadarrama que entretuviera al enemigo, que él ya venía cerca; lo que no se pudo hacer porque los movimientos del enemigo no daban tiempo de espera. Por esta circunstancia, las fuerzas de Oriente se ocuparon en recoger los pelotones de infantería rendidos, la artillería y el carro con parque de Márquez, á quien no se le vió en ninguno de los encuentros de combate.

En la noche del 10, para dar reposo á la división Guadarrama, éste con la mitad de ella se quedó en la hacienda de Chapingo, y con la otra mitad el coronel Ocadiz llegó á Texcoco, donde ya se encontraba el general Díaz, á quien personalmente, como prisioneros de

guerra, presentó á más de veinte belgas y austriacos, que en el calor del combate, ya vencidos, estuvieron á punto de ser asesinados.

En tal estado permaneció la división Guadarrama el 11, hasta que reunida en Texcoco é incorporada al cuerpo de ejército de Oriente, salieron ambas fuerzas el 12 para la Villa de Guadalupe, y llegaron á sus orillas á las seis de la tarde. Dispuso allí el general Díaz que de la división Guadarrama, la 2.<sup>a</sup> columna, formada en batalla, apoyase la infantería del ejército de Oriente, y la 5.<sup>a</sup> columna cubriera los puntos avanzados. Esa tarde, las demás columnas fueron con Guadarrama y Ocadiz á la inmediata hacienda de Escalera para dar más reposo á la tropa y la caballada, rendida por la jornada de 27 leguas, sin comer ni beber, y sin descanso en el combate.

El día 14, habiendo recibido el general Guadarrama orden del general Díaz para que cubriera la línea en la Villa, que ya ocupaba, y en la noche de ese mismo día, la orden del general Escobedo para que se incorporara á las fuerzas del sitio de Querétaro, por convenir así al servicio nacional, el 15 marchó con la división y llegó el 19 en la mañana á la Cuesta China, donde luego la recibió el general Escobedo, quien dispuso llevar consigo á Guadarrama y Aguirre, con la mitad de la división, por el lado de la línea de San Gregorio, y la otra mitad con Ocadiz, por la retaguardia de la línea del Cimatarío, hasta situarse en su campamento de la llanura, frente al cerro de las Campanas, de donde le dispararon tiros de cañón sin causarle daño.

Pocas horas después llegó al campamento con la otra mitad de la división el general Guadarrama, quedando así incorporada á ese cuerpo de ejército; y al siguiente día, por enfermedad de Aguirre, cuartel maestre, en substitución fué nombrado Ocadiz, funcionando á la vez como mayor general de la 2.<sup>a</sup> división.

Por el contenido del parte oficial \* que de la derrota de las fuerzas de Márquez rindió Guadarrama el 14 de abril al general Escobedo, con la relación número 1 de los materiales de guerra y prisioneros á que se refiere, sin haberle rendido expresamente la relación número 2 de los heridos y muertos y de los demás prisioneros; y por la aclaración que del parte, fecha 14, se hace ahora, se ve la diferencia que resulta del parte oficial de la derrota de Márquez que con fecha 15

\* El parte de la batalla empezó á redactarlo Ocadiz; pero el general Guadarrama quiso que lo continuase el coronel Juan C. Doria, predilecto de Escobedo, y así se hizo.

del mismo abril rindió el general mayor de la división de caballería del cuerpo de ejército de Oriente, el cual parte, á la vez, fué también publicado por la prensa oficial de los Estados.

Desde el 19 de abril en que Guadarrama y Ocadiz quedaron al frente del cuerpo de ejército de caballería en su campamento de la llanura, siguieron combatiendo á los imperialistas cada vez que con pocas ó muchas fuerzas lograban pasar la línea del sitio, en la que siempre las rechazaba la caballería, siendo la más formidable salida la que ejecutaron en la mañana del 27, atacando por varios puntos, especialmente la línea del Cimatario que estaba al mando del general Corona y otros generales con gran número de infantería y bastante artillería. El enemigo puso en desorden á esa línea, que traspasó, llevándose para la plaza veinte piezas de artillería con atalajes, una cantidad de municiones de boca y guerra, y cargando además sobre la caballería del general Aureliano Rivera, que se batía en retirada. Los generales Naranjo y Rocha contenían al enemigo y con ayuda del batallón de Supremos Poderes, las caballerías de San Luis y las de los coroneles Francisco Tolentino y Simón Gutiérrez, que cubrían la calzada de Celaya, conducidas á galope por Ocadiz, lograron rechazarlo y quedó restablecida esa línea del Cimatario, de la que, sin esperar, el general Félix Vega, y creyendo que la salida era una derrota, llevóse para Apaseo trescientos hombres de infantería con dos piezas de batir. Ocadiz comisionó entonces al teniente coronel Green para que, á la cabeza de un piquete de caballería, lo hiciera regresar; y al día siguiente se presentó el general Vega con la fuerza que se había llevado.

Así se continuó el sitio con una serie de ataques, como lo refiere la historia, hasta que habiéndose recibido órdenes del general Escobedo y ciertas instrucciones, el día 14 de mayo en la noche, se situaron Guadarrama y Ocadiz con la 2.<sup>a</sup> división de caballería á retaguardia de la línea del Cimatario, y como á las cuatro de la mañana del 15 se percibió un continuado tiroteo por el rumbo del convento de la Cruz, que duró poco tiempo, notándose en seguida que los republicanos tomaban la plaza. Al comenzar á aclarar la mañana, Ocadiz pudo distinguir que de la población salía al llano y hacia el cerro de las Campanas una fuerza de caballería. Notada luego por el general Guadarrama, dirigióse inmediatamente con la división á todo galope á la falda del cerro para reforzar las columnas del frente. Allí hizo

alto, sin que hubiera fuegos por ninguna parte. A poco rato subía una fuerza de republicanos, á tiempo que bajaba un coronel con el Regimiento de la Emperatriz, en actitud de rendido, dirigiéndose á Guadarrama y Ocadiz que estaban al frente de su caballería. Tomó aquel jefe su espada por la punta y la entregó por el puño, diciendo que era el coronel López y que estaba rendido. Él y el regimiento quedaron bajo la custodia de la columna del coronel Simón Gutiérrez. A la vez, en dicho cerro, los generales Corona y Escobedo tomaban prisionero al Emperador Maximiliano.\*

\* Al afirmar el señor Ocadiz que los generales Corona y Escobedo aprehendieron al Emperador, se funda en estos documentos oficiales:

República mexicana.—Ejército de Occidente.—General en jefe.—Después de la entrevista que en el mismo campamento tuvimos á las once y media de la noche del día 14 del corriente, y en la que me manifestó vd. que media hora después atacaría el convento de la Cruz, permanecí en vela esperando la hora de los acontecimientos.

Por un ayudante del C. general Rivera, supe á las cuatro de la mañana del día 15, que el citado convento había caído en nuestro poder, noticia que se confirmó en el campo por el repique de las campanas de la iglesia del mismo.

A esa señal de triunfo, el enemigo comenzó á desocupar la ciudad, pasándose á escape tanto las caballerías como las infanterías al cerro de la Campana. En el acto di orden al C. general Rocha para que desprendiera unas columnas de infantería del Norte sobre la Casa Blanca, á la vez que por orden del C. general Régules, el C. general Rivera destacaba sus caballerías por la derecha sobre la Alameda. La fuerza enemiga que cubría esos dos puntos, no puso ninguna resistencia, saliendo al encuentro de la nuestra victoreando á la República.

Dueños nosotros ya de estas dos importantes posiciones, y mientras el C. general Rocha organizaba sus columnas en la Casa Blanca, dispuse que el C. coronel Viviano Dávalos con la división de Sinaloa, pasara á ocupar la garita de Celaya, punto que empezaba á abandonar el enemigo, concentrándose también de allí al cerro de la Campana.

El movimiento del C. coronel Dávalos iba apoyado por la división de Jalisco y la caballería que mandaba el C. coronel Francisco Tolentino, á la vez que el C. general Amado Antonio Guadarrama con una columna de caballería del Norte, y los CC. general Julio García y coronel Simón Gutiérrez con las que tienen á sus órdenes, cubría perfectamente bien la línea por la izquierda, rodeando desde la calzada de Celaya hacia el N. O. el cerro de la Campana.

Necesario me fué colocar en esa situación fuerzas tan considerables porque el enemigo había concentrado todas las suyas en el cerro indicado.

A la vez que ese movimiento se efectuaba, se me dió parte que un parlamentario se dirigía hacia mí con bandera desplegada. Me adelanté á su encuentro acompañado del C. general Cortina, quien con la fuerza de su mando se había avanzado al frente de su línea sobre el enemigo.

El parlamentario me hizo presente que venía cerca del general en jefe de parte de Maximiliano y de Mejía. Le di mi nombre para que regresara á su campamento á informar á sus comitentes que daba yo cuenta al general en jefe de aquella circunstancia, y que mandaba suspender los fuegos en mi línea, esperando se hiciera otro tanto en la contraria.

Al volver segunda vez del cerro el parlamentario, la fuerza enemiga comenzó á moverse hacia la nuestra en actitud de paz, de la que se desprendió un oficial hasta acercármeme para manifestarme que Maximiliano y Mejía deseaban hablarme.

Así terminó el sitio de Querétaro en la mañana del 15 de mayo. Los generales Escobedo y Corona se ocuparon en reorganizar sus respectivos ejércitos del Norte y de Occidente. De éste mandó una fuerza para Jalisco el general Corona; al coronel Jesús Toledo, con mil hombres de infantería, de guarnición á Colima; y quedó el cuerpo de ejército de caballería distribuido entre las fuerzas de cada Estado á que pertenecían.

Inmediatamente me dirigí al encuentro de éstos, siempre acompañado del C. general Cortina y mi estado mayor.

Maximiliano me indicó el deseo de hablar conmigo aparte, á lo que convine, y fué para hacerme presente que ya no era emperador por haber hecho su dimisión ante el consejo de gobierno en México. Como no me tocaba tratar esa cuestión en aquellos momentos, así se lo manifesté sin aspereza, asegurándole que tanto él como todos los individuos que allí le rodeaban, tenían conmigo garantías mientras los presentaba al general en jefe.

En seguida se me presentó un ayudante de ese cuartel general con una escolta, pidiéndome de su parte la entrega de todos los prisioneros, entrega que se verificó en el acto, con excepción de Maximiliano y de Mejía, á quienes acompañé yo mismo hasta presentárselos á vd., hallándose vd. ya en el cerro de la Campana.

Independencia y libertad. Cuartel general de Occidente en Carretas, Mayo 16 de 1867.—(Firmado) *Ramón Corona*.—C. General en jefe del ejército de operaciones sobre Querétaro.—En su campamento.

Es copia. San Juan del Río, Mayo 20 de 1867.—*Ramón Corona*.—C. gobernador y comandante general del Estado de Jalisco. Guadalajara.

Querétaro, 15 de Mayo de 1867.—Sr. D. Ramón R. de la Vega.—Colima.—Mi estimado amigo.—En la mañana de hoy ha sido ocupada esta ciudad por nuestras fuerzas, lo que se ha conseguido con muy pocos disparos, y quedando prisioneros en nuestro poder Maximiliano, Mejía, Miramón (herido de la cara), Castillo, Casanova, Gutiérrez, Reyes, Magaña y otros varios cuyos nombres no recuerdo, además toda la guarnición, armamento, artillería y depósitos.

Desde anoche el Sr. general Escobedo había recomendado la mayor vigilancia, informándome que á las once atacaría el convento de la Cruz; y á las cuatro de la mañana me envió el parte de haber ocupado esa posición y hecho prisionera la fuerza que la defendía, lo que también se anunció por un repique de las campanas de esa iglesia. Al dar principio este repique comenzaron á salir de la ciudad algunas columnas de caballería con dirección al cerro de la Campana.

En el acto dispuse que el Sr. general Rocha hiciera avanzar unas columnas de la fuerza de su mando sobre la Casa Blanca y los Sres. generales Régules y Rivera, con caballería se dirigieran hacia la Alameda.

De ambos puntos se desprendieron fuerzas al encuentro de las nuestras; pero en lugar de hacer fuego, prorrumpieron en vivas á la República, lo que me hizo avanzar con la fuerza de Sinaloa, Jalisco, columna de Tolentino y mi escolta á la garita de Celaya.

En este momento se me incorporó el Sr. general Cortina, que con la de su mando se dirigía también sobre el mismo punto. A la vez se me presentó un comisionado de parte de Maximiliano, manifestando que deseaba hablar con el General en jefe. Le hice presente que el Sr. general Escobedo no se hallaba allí; que volviera á informarlo así á su superior, y que mientras el Sr. Escobedo se presentaba, mandaría yo suspender mis fuegos, siempre que Maximiliano hiciera otro tanto. Lo que se verificó por ambas partes.

Habiéndose reservado una fuerza de catorce mil hombres con el competente número de cañones, el general Corona nombró jefe de su estado mayor á Ocadiz, quien pertenecía al ejército de Occidente como mayor general de la división de Sinaloa, y con la mencionada fuerza reservada salieron de Querétaro el 17 para la Villa de Guadalupe, en auxilio del general Díaz, que ya tenía establecido el sitio de México.

Poco antes de llegar á la Villa, se adelantó el general Corona con su estado mayor y llegó á la una de la tarde al alojamiento del general Díaz, hora en que comía en compañía del licenciado Justo Benítez y el general Aureliano Rivera. No siendo conocidos los señores Díaz y Corona, Ocadiz hizo la presentación. Invitados á sentarse á la mesa, en el curso de la conversación, el general Díaz dijo "que en la calzada de la Villa y la de Chapultepec, á solicitud del general O'Horán, había hablado con él, y ofrecía que con la garantía de la vida, entregaría la plaza y á los principales jefes, comenzando por el general Márquez;" ofrecimiento que á Corona le parecía posible de aceptarse, siendo de opinión contraria el general Rivera, quien dijo exaltado:—No, mi general; ¡á fuego y sangre! \*

Sin embargo, al observar yo que se desprendían de la Campana algunas columnas con dirección á mi línea de batalla, moví las mías á su encuentro sin hacer otra demostración de hostilidad. Luego se me presentó el mismo Maximiliano acompañado de los generales Mejía y Castillo y otros jefes y oficiales cuyos nombres ignoro, y me hizo presente que ya no era emperador por haber depositado en las manos del Sr. Lacunza, al salir de México, su abdicación: que si se necesitaba una víctima, allí estaba él.

Como no me tocaba resolver ese punto, así se lo manifesté, añadiéndole que mientras se presentaba el Sr. General en jefe tenía garantías á mi lado, lo mismo que las personas que lo acompañaban. Luego llegó el general Escobedo, á quien se los entregué.

Hecho esto, recibí orden de pasar á la ciudad para evitar los desórdenes.

Sírvase Ud. comunicar esta noticia á los habitantes de ese Estado, congratulándome con vd. por el término feliz de esta campaña.

Soy de vd. afectísimo amigo y seguro servidor.—*Ramón Corona*.

\* Como deseásemos más detalles de este hecho, el señor Ocadiz nos ha dicho: Lo que pasó en la Villa de Guadalupe, fué que al tomar la sopa los generales Díaz, Ramón Corona, Aureliano Rivera, el licenciado Justo Benítez y yo, únicas personas sentadas á la mesa, refirió aquél que O'Horán ofrecía la entrega de la plaza de México y los principales generales imperialistas, comenzando con Leonardo Márquez, mediante la garantía de su vida y sin explicación alguna; que él no había aceptado el ofrecimiento; pero como esa no aceptación la hiciese en cierta manera como consulta al general Corona, éste opinó que sería posible el ofrecimiento para evitar más efusión de sangre. El general Rivera dijo entonces con vehemencia:

—No, mi general; no hay que perdonar á los principales traidores: tienen que sucumbir por el mal estado en que se encuentran; pero si así no fuere, á fuego y sangre.

Al acabar de comer, los señores Díaz, Corona y Ocadiz salieron á caballo para señalar los puntos en que, desde cerca del Peñón hasta cerca de Chapultepec, debían situarse los catorce mil hombres mencionados, con su artillería; y como el grupo de personas que hacían el señalamiento, era relativamente numeroso, del centro de la ciudad le disparaban granadas en el trayecto. Un casco de proyectil llevó la cabeza de la montura de un ayudante.

Pocas horas después llegaron á la Villa las fuerzas de Corona, y pardeando la tarde, para no ser vistas del enemigo, fueron colocadas personalmente por el general Corona y el coronel Ocadiz. A la vez el general Díaz cambió su cuartel general á Chapultepec y quedó establecido en la Villa el del señor Corona. Siguió de día y noche el tiroteo de cañón que el enemigo dirigía á la línea, la cual recorría Ocadiz sin apartarse de ella y estando en frecuente contacto personalmente con el general Díaz, aún por las noches, de acuerdo con el general Corona sobre lo que le ocurría para las operaciones.

En tal estado el sitio de México, en junio, pocos días antes de ser tomada la plaza, Corona recibió comunicaciones oficiales del gobernador de Jalisco, don Antonio Gómez Cuervo, en la que se quejaba de las ofensas personales que le había hecho el coronel Jesús Toledo y de las tropelías y exacciones que había cometido á su paso, con tropa por el Estado y con rumbo á Colima. Como Corona tenía á su cargo los Estados de Occidente y con esa facultad había dejado de gobernador á Gómez Cuervo, á quien le guardaba consideraciones de respeto, se impresionó por la conducta de Toledo y suplicó á Ocadiz, como amigo y por no tener otra persona de su confianza, que aceptara la comisión de ir inmediatamente á Colima para que las tropelías fuesen castigadas, dándole instrucciones que de no hacer Toledo la debida reparación, lo mandase procesar y se encargara Ocadiz del mando, ú otro jefe á su juicio, de las fuerzas que guarnecían á Colima.

Al partir Ocadiz para desempeñar su comisión, como la línea de diligencias estaba establecida en Chapultepec, pasó á despedirse del general Díaz, quien espontáneamente le mandó pagar el pasaje hasta Guadalajara.

El licenciado Benítez no tomó parte en el diálogo; y como urgía salir pronto á caballo para que el general Díaz fijase en la línea del sitio los lugares que debían ocupar los catorce mil hombres del general Corona, cuya llegada esperábase por momentos, no se habló más del ofrecimiento de O'Horán.

Ocadiz llegó á Guadalajara, habló con el gobernador Gómez Cuervo, quien le informó de la conducta de Toledo, y luego siguió para Colima. Ya en esta ciudad, observó la agitada situación en que se encontraba el gobernador don Ramón R. de la Vega, por la oposición que le hacía don Ricardo Palacios, persona ilustrada y de armas tomar, como lo eran sus tres hijos, quienes, ayudados de sus partidarios pretendían ocupar el gobierno con el disímulo sospechoso del coronel Toledo; y como de ambos lados, todos eran antiguos amigos de Ocadiz, sabedores de su comisión, algo se calmaron. Luego habló con el gobernador, que también fué nombrado por el general Corona, é inmediatamente mandó llamar al coronel Toledo, que en el acto ocurrió. Hízole saber el objeto de la comisión que le había confiado el señor Corona, y aunque Toledo era de carácter levantisco é irascible, conociendo la rectitud de Ocadiz, le confesó las faltas que había cometido á su paso por Jalisco y prometió repararlas. Ocadiz le previno que allí en su alojamiento lo hiciera, y en efecto, en su presencia escribió al señor Gómez Cuervo dándole cumplida satisfacción por los actos de que estaba ofendido el personal de su gobierno.

El señor Gómez Cuervo, noble por naturaleza, dióse por satisfecho. Hizo la reparación de las exacciones, según la lista que se tenía, todo á satisfacción de Ocadiz; y así quedó terminada su comisión, la cual en detalle fué comunicada oficialmente al general Corona.

Cuando esto pasaba, el gobernador mostró á Ocadiz las minutas de las cartas que había dirigido al general Corona y al presidente don Benito Juárez, en las que les manifestaba que no podía ni quería continuar en el gobierno por la intransigente oposición que le hacían sus enemigos Palacios y porque temía que estallase una revolución. Suplicó á Ocadiz se encargara del gobierno, asegurándole que la medida sería aceptada y aprobada por Corona y Juárez. Ocadiz no aceptó; y sí le ofreció que iba á procurar la manera de que quedara en paz, lo cual al gobernador parecíale imposible. Sin embargo, como tanto los Palacios como sus partidarios, eran antiguos amigos de él, reuniólos para una conferencia, en la que, haciéndoles presente, entre otras razones, que estando aún pendiente el sitio de México, si llegaban á los hechos de armas, harían un escándalo antipatriótico. Convencidos de ello, protestaron bajo palabra de honor, que dejaban en paz al gobernador don Ramón R. de la Vega, no obstante que había



sido imperialista. Los ofrecimientos de los señores Palacios y sus adictos, los comunicó al gobernador, quien se tranquilizó.

Cinco días después de la conferencia, se tuvo noticia de que la plaza de México había sido ocupada, y Ocadiz emprendió su regreso. En Guadalajara encontró á Corona, que estaba recién llegado; verbalmente le dió los informes del resultado de la comisión á Colima; Corona se manifestó muy agradecido, pero sin tratar del gasto pecuniario que Ocadiz á su costa había hecho. En esa entrevista dijo Ocadiz: que la República estaba restablecida, que agradecería le diera de baja en el servicio de las fuerzas de su mando. Corona demostrando la sorpresa inesperada que le causaba la pretensión, contestó: que cómo dejaba perdidos y relegados al olvido tantos sacrificios personales y aun pecuniarios que había hecho por la nación; que siguiera con él en el servicio para formarse una carrera militar á que era acreedor. Insistiendo Ocadiz en pedir su baja y Corona en negársela, díjole aquél: que debía hacer lo mismo. Corona replicó: "no soy tan tonto para separarme de la milicia. Usted siga la carrera." Sin hablar uno ni otro de cómo se encontraba Ocadiz de recursos pecuniarios, sólo le manifestó, que los dos criados con cinco caballos y dos mulas con equipaje, que al salir de la Villa de Guadalupe para Colima le había dejado encargados, estaban en México al cuidado de don Felipe Santillán para que los recogiera. Corona, por fin, le expidió su baja y Ocadiz marchó al siguiente día á México, que fué á fines de junio de 1867.

Desde aquella fecha hasta el corriente año de 1904, Ocadiz se ha conservado ajeno á la cosa pública, como si no hubiera tomado parte en aquellos grandes acontecimientos de la nación. De la baja debió dar aviso el general Corona al ministerio de la Guerra, pues el despacho del grado de coronel de auxiliares del ejército de la nación de Ocadiz fué expedido por los respectivos conductos en debida forma, por el presidente de la República don Benito Juárez, en los primeros tres meses de 1863; siendo en esa fecha diputado al Congreso de la Unión, Ocadiz no ha hecho caso de los fondos que de su peculio facilitó al general don Plácido Vega en el puerto de la Paz, Baja California, para socorros de su oficialidad y tropa, que para combatir al Imperio llevó de San Francisco, Alta California, al Estado de Sinaloa; ni tampoco del valor de la hacienda Dos Arroyos, de su propiedad, en el Estado de Guerrero, que vendió para sostenerse en campaña desde junio de 1863 hasta el mismo mes de 1867.

Ocadiz salió de Mazatlán con el carácter de mayor general de la 1.<sup>a</sup> división de Sinaloa, con su jefe el general Ramón Corona, para el interior del país. Con tal carácter, al atravesar por Tepic y entrar en los límites de Colima, fué el encargado para que, con las fuerzas de los generales Julio García y Amado Guadarrama, y otras de menor número que se incorporaron, formase otra división, que se denominó 2.<sup>a</sup> de Jalisco del cuerpo de ejército de Occidente, con cuyas dos divisiones se sitió la ciudad de Colima, la que con grueso número de fuerza y artillería ocupaban los generales imperiales Chacón y Andrade. Al cabo de ocho días de combate, habiendo capitulado, el cuerpo de ejército de Occidente siguió su marcha á Guadalajara, ya ocupada por fuerzas del mismo general Corona; pasó por Morelia hasta incorporarse, cerca de la ciudad de Querétaro, el día 6 de marzo de 1867, al cuerpo de ejército del Norte, al mando del general Mariano Escobedo, quien estableció desde luego el sitio. Nombreado el general Guadarrama jefe del cuerpo de ejército de caballería, cuatro días después, por la íntima amistad que tenía con Ocadiz, cuya afición á los caballos conocía, lo inclinó á que dejase las fuerzas de Corona y pasase como mayor general á la 2.<sup>a</sup> división de caballería, compuesta de tres mil hombres. Ocadiz pasó á prestar así sus servicios en la caballería, hasta la toma de Querétaro.